

Bitácora del viaje de un pianista venezolano, casi, casi, colombiano

Arnaldo García Guinand

“Los hechos de los individuos se miden por años; los hechos de las naciones, por siglos”. Estas palabras de William Ospina reafirman que, desde la perspectiva de la historia, mis ochenta años son un instante, pero abundantes cuando uno se la puede “sollar” en la creación colectiva y regocijarse ante el hecho de saber que uno es finito, y, por ende, no hay que ir más allá de lo que uno puede hacer o de lo que uno mismo es.

Cuentan que, entre los siglos XVI y XVII, los ancestros europeos y africanos de un prócer (Bermúdez, edecán de Bolívar y tío de los García) desembarcaron en la Capitanía General de Venezuela y se encontraron con nativos indígenas en un trópico que permitía la libertad en el regodeo y en la lujuria. En otros de esos barcos vinieron también un militar realista español (Monteverde y Tovar), y mucho más tarde, a finales del siglo XIX, unos suizos-franceses (Guinand), originarios del cantón de Neuchâtel, que llegaron al puerto de La Guaira luego de un naufragio del buque que les conducía a China. Esa mezcla de genes confluyó para que el 26 de diciembre de 1941, diecinueve días después del ataque a Pearl Harbor, naciera en Caracas un eterno estudiante de piano.

Cuando niño supe que había sucedido algo “extraño” con la herencia de mamá y mi papá quería vivir en el campo. Así que pasé una niñez “campurusa”,¹ en una granja a hora y media de Caracas, con abundancia por un tiempo y, súbitamente, en la ruina

durante un episodio macondiano: un eclipse de gallinazos oscureció el cielo a mediodía, mientras los cadáveres de miles de pollos, envenenados por un alimento vendido por los corruptos de esa época, eran recogidos por los gallinazos y coronaban el cielo, donde eran despedazados.

Por todo ello, aunque mi pasión por el piano se despertó a los cuatro años, solamente pude empezar mis estudios a los diez. Durante años, toqué en una mesa de hierro, donde me imaginaba la música, hasta que en una fiesta familiar mi abuela pasó un sombrero: “para el piano de Arnaldo”. Recuerdo con ternura cómo en esa pianola sin cubierta se instaló un día nuestra perra y tuvo sus perritos.

Por contraste, mi educación urbana la hice en Caracas en instituciones públicas. Allí, mi Maestra fue Gerty Haas, de Checoslovaquia (Escuela de Música Olivares. Énfasis: *La técnica se construye desde la misma música*). Esta excelente y bondadosa profesora se dio cuenta de que yo no tenía la posibilidad de estudiar sino un día a la semana, así que ella, apoyada por Willy, su filántropo esposo, decidió estudiar conmigo los mediodías. Yo completaba de estudiar los fines de semana en pianos de la escuela, o regresaba a la granja, si no había derrumbes.

La precariedad en la que vivía contrastaba con la sensación que tenía cuando me invitaban a tocar en gigantescas casas, donde

el símbolo del estatus social eran los pianos. A menudo eran pianos franceses Erard (que generalmente sonaban horrible): enormes, blancos con adornos dorados, traídos a finales del siglo XIX desde París, conocida en ese entonces como Pianópolis, en mulas que atravesaban la cordillera de la costa por el pico El Ávila.

Durante los años cincuenta agonizó y murió la dictadura de Pérez Jiménez, llegó el *jet* a Caracas, en una época en la que todavía se soñaba y se idealizaba una Europa que ya no existía. Por pura suerte y casualidad logré estar a cuatro metros de Fidel Castro cuando llegó a agradecer a Venezuela, a los pocos días de bajar de la Sierra Maestra. Luego, ya viviendo en Caracas, y gracias a la crítica periodística positiva sobre mis conciertos, al descomunal esfuerzo de mis padres y su nuevo quehacer (fábrica de hallacas),² a las clases particulares que daba y al apoyo de amigos mantuanos³ logramos comprar un excelente instrumento nuevo a precio de costo y por cuotas. ¡Qué felicidad! Ese es el mismo piano con el que practico hoy en día en Medellín.

Las becas me llevan en 1962 a Viena. Pese a que “mi complejo de tercermundista” había sido férreamente fomentado por los mantuanos y europeos de Caracas (para que me “desmayara” y acomplejara con los pianistas europeos que encontraría en la Academia de Viena) no me desmayé, y la exigencia de la academia me pareció semejante a la que ya tenía en Caracas. En Viena mi Maestro fue Richard Hauser, de Austria (Akademie für Musik und darstellende Kunst. Énfasis: *Fuerza e independencia de los dedos*). Pero aunque no me deslumbraron los pianistas europeos, sí me quedé estupefacto ante el infinito nivel y el descomunal talento que tenían cuatro grandes pianistas

que conocí en esa academia vienesa (tres latinoamericanos y una japonesa): Martha Argerich de Argentina (no existen palabras para describirla), Nelson Freire de Brasil (gran amigo que murió recientemente, al que quise entrañablemente), Blanca Uribe de Colombia (amiga del alma) y la Gran Dama que era Kiyoko Tanaka, que murió en 1996 de una enfermedad degenerativa que la paralizó.

En esa ciudad gris me conmovió la pobreza de muchos de sus habitantes y la cantidad de excombatientes inválidos vestidos con chaquetas amarillas y símbolos negros. Era un infernal desfile de gente muy triste sin brazos o piernas u ojos. Estos “Nadies” y los enormes huecos en algunos edificios, causados por los cañonazos, contrastaban con los lujosos carros, las tiendas exclusivas, las mujeres con pieles de visones, los conciertos, las óperas (absolutamente maravillosas) y, muy a menudo, el mal gusto y la pedantería de la llamada “aristocracia”. Hoy en día me pregunto si esa parafernalia se sustentaba en los “negocios” que se hicieron durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, sobre todo, me sorprendió la falta de memoria histórica, pues tanto los europeos de Venezuela como los de Europa, se negaban a analizar las causas que originaron esa tragedia. Mirándolo retrospectivamente, percibí entonces algo parecido a lo que luego sentiría en 1974 en Chile, después de la caída de Allende (¿Aquí?... ¡Aquí no ha pasado nada!). O lo que sentí en Colombia en 2016 cuando en el país dizque ganó un No, potenciado por el canto cruel del “Quizás, quizás, quizás” de un ya difunto.

En 1965 fui de gira a Venezuela y luego pude conocer por primera vez y fugazmente el sofisticado Virreinato de Nueva Granada. Aquí también conocí a la que sería

luego mi esposa, a mi familia colombiana y a varios de mis colegas. Así, oí a Teresa Gómez y, como todos los que la conocemos, quedé asombrado por su talento y capacidad de resiliencia. ¡Me encantó Colombia!⁴

Luego las becas me llevaron a la fascinante Nueva York. Allí mi Maestra fue Nadia Reisenberg, de Rusia (Mannes School of Music. Énfasis: *Tocar con fluidez, incluso en los pasajes más difíciles*). Tuve vivencias alucinantes debido a la libertad total que daba el anonimato a un hombre soltero y joven. Disfruté y aprendí enormemente, inmerso en el nivel cultural que tiene la capital del mundo. También me conmovieron el sufrimiento y muerte de los jóvenes “carne de cañón” que sus bárbaros gobernantes enviaban a la absurda guerra con Vietnam, y sufrí con el asesinato de Martin Luther King Jr. Conocí el movimiento romántico *hippie*, estuve en un concierto del guitarrista hindú Ravi Shankar que me conectó con el Oriente, y disfruté las salas de baile de los emigrantes latinos que, pese a vivir una cotidianidad dura y vulnerable, conocían la importancia social que tiene la salsa. Admiré mucho su protocolo galante hacia las damas. También aprendí a defenderme de la violencia de la ciudad ya que mi beca no alcanzaba sino para habitar en Bronx, uno de los barrios más pobres, y viví algunas situaciones, digamos “complicadas”, como fue, por ejemplo, la vez que me tocó limpiar en mi baño la sangre que se filtró del habitante del piso superior, a quien asesinaron en su bañera.

Desde 1971 soy esposo y desde 1973 padre de tiempo completo. Nuestra estadía en Caracas en esos años nos nutrió cuando se abrieron caminos de apoyo internacional al movimiento sociocultural venezolano con los conciertos de Teodorakis, Merce-

des Sosa, Soledad Bravo, Nacha Guevara, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, entre muchos otros.

En 1973, en medio de ese ambiente creativo, nació nuestro primer hijo y, buscando nuevas metodologías con énfasis en el trabajo social viajé, ingenuamente, a Kiev, Ucrania, entonces aún parte de la Unión Soviética. Inmediatamente decidí mi regreso ante la falta de propuestas realmente novedosas y por el atractivo de criar a nuestro hijo en un ambiente más grato y seguro. Por ello, en 1974 decidimos vivir en Bogotá, ciudad que amo, donde nacieron nuestras dos hijas y donde mi mujer pudo terminar sus estudios de Psicología. Allí el Banco de la República y la Fundación Arte de la Música me apoyaron generosamente y hubo mucho estudio, conciertos y viajes por diversos países.

En 1985 regresamos a Caracas porque deseábamos que nuestros hijos conocieran la cultura caribeña de esa cosmopolita ciudad y compartieran con su familia venezolana. También porque deseaba participar en el movimiento juvenil venezolano.⁵ Allí tuve el privilegio de trabajar en la academia latinoamericana de violín, en algunos de los proyectos de la Fundación del Estado para las Orquestas Juveniles de Venezuela y en el Instituto de Artes Integradas de la Confederación de Trabajadores de Venezuela. También sufrimos la corrupción y las barbaridades cometidas por los dos partidos tradicionales, adecos y copeyanos, que estaban destruyendo Venezuela, pero al final de nuestra estadía hubo un momento en que gran parte de la intelectualidad venezolana se esperanzó y apoyó el “por ahora” de un joven coronel preso llamado Hugo Chávez: joven, delgado, bien hablado y coherente, humilde, simpático, fino, esperanzador y creíble.



Nicolái Bogdánov-Belski. *Sinfonía*, óleo sobre lienzo, 1920, 160,5 x 141 cm.

En 1996 nos trasladamos a Medellín por cuatro razones: primero, porque comprendimos lo acertado de una de las últimas frases de Luis Carlos Galán: “Colombia y Venezuela son igualitas, pero al revés”; segundo, porque mi esposa paisa, Luz María, quería apasionadamente desarrollar un trabajo con mujeres víctimas y victimarias en Colombia y otro sobre masculinidades y feminidades; tercero, porque entré por concurso a la Universidad de Antioquia; cuarto, porque queríamos compartir con nuestra familia antioqueña.

Ya en Colombia, se nos desinfló Chávez cuando él se infló. Vimos cómo comenzó a engordar y envejecer con el poder, a hablar paja, a volverse soberbio, antipático y vulgar. Todo ello nos quitó las esperanzas en su movimiento y así comenzamos a no creer en nada de lo que él decía.

En 1999, el ejemplo del pacifista Jaime Garzón me incentivó a mejorar las metodologías

que me permitieran seguir desarrollando el proyecto social-musical de cuerpo y ritmo que denominamos Solle, el cual se originó en la Universidad Nacional, sede Medellín, y está basado en dos referentes internacionales: Stomp de Inglaterra y Kodo de Japón. Desde entonces he hecho diversos trabajos de este tipo con El Colegio del Cuerpo en Cartagena de Indias; The American School en Viena, Le Centre National de Danse Contemporaine en Angers, Francia; y con el Instituto de Cultura y Turismo, el Claustro moderno y el Festival de música contemporánea en Bogotá, entre otras instituciones. En Medellín participé en el viaje de interdependencias de sur al norte y viceversa, cuando el sector de Moravia, gracias al Parque Explora, transmutó de basurero a abrevadero de la ciudad. Aquí también he tenido el privilegio de trabajar con: Nuestra Gente, Centro de Fe y Culturas, Museo de Antioquia, Teatro Camilo Torres, Comfama, Circo Medellín, entre muchos otros. Mientras tanto, nuestros hijos han terminado sus estudios en Colombia, han realizado sus posgrados y doctorados y han trabajado en diversos países.

A partir de 2002, los conciertos en Europa me han permitido reconciliarme con ese continente, gracias a la actitud de una nueva Europa alegre y solidaria que se manifiesta a través de aquellos jóvenes que tienen la capacidad de “repensarse”, conscientes del daño que ha hecho Europa al mundo aquellas veces que ha asumido una conducta soberbia y colonizadora.

En 2012 me jubilé de la Universidad de Antioquia. Así pude culminar un proceso que me llevó a aceptar, con un alivio paulatino, que la carrera de concertista es utópica *per se* y, sobre todo, que, aunque soy hábil musicalmente, NO soy un genio (¡Alelu-

ya!). Esa paz me ha permitido disfrutar mis amados clásicos europeos, y paralelamente realizar un trabajo relacionado con folclore y con *latin-jazz*, para compensar una enorme falencia en mi educación musical: mi desconocimiento y falta de entrenamiento en la música folclórica y popular.

En 2018 nació mi nieta Valentina. No existen palabras para describir este milagro. Para ella escribí una Nana (canción de cuna) que espero estrenar pronto.

Desde 2020, durante la pandemia y en el presente, he estado trabajando en cinco proyectos: 1) Análisis profundo de un libro de Walter Ponce, gran amigo y excelente pianista boliviano de Nueva York: *The Tyranny of Tradition in Piano Teaching. A Critical History from Clementi to the Present*, que, según mi concepto describe fielmente la cruenta realidad del pianismo mundial (algunos colegas aman a Walter, a ese libro y a sus conferencias, otros lo odian); 2) Montaje de *Carnaval de Schumann, op. 9 y el pensamiento sentipensante de Orlando Fals Borda*, con el mimo antioqueño Carlos Álvarez; 3) Proyecto de *latin-jazz* con base en la obra *Caribe* del prodigioso virtuoso dominicano Michel Camilo; 4) "Entrenamiento Sistemático Rítmico", un proyecto con base en la biomecánica y la resiliencia social, con algunos docentes del Instituto Universitario de Educación Física y Deportes de la UdeA.

Otro objetivo que ocupa mis días es conseguir la nacionalidad colombiana, luego de más de dos años esperando. En ese sentido, no pierdo las esperanzas en que mis trámites de nacionalización pronto surtan efecto, pese al *tempo* "Molto largo ed lentissimo, eternissimo ed burocratissimo" con que parece que se tramitan las nacionalizaciones en el Ministerio de Relaciones Exteriores, sin importar que

mi esposa, mis tres hijos y mi nieta sean colombianos/as, y yo mismo tenga ya 40 años viviendo y trabajando en Colombia.

De esa manera hoy en día envejezco, agradezco, disfruto y me fortalezco física y espiritualmente en Medellín, porque considero que desde esta fabulosa ciudad podemos, entre todos los que amamos a Colombia, dar una respuesta idónea, válida y generosa a Latinoamérica.

Notas

- 1 "Campuruso": Campesino, usado con frecuencia como adjetivo despectivo en Venezuela.
- 2 "Hallaca": Especie de tamal fino y laborioso de hacer.
- 3 "Mantuano": Palabra colonial que señala a la "aristocracia" caraqueña, a los llamados "amos del Valle" (de Caracas), pues solo ellos tenían el derecho a ponerse un manto para asistir a misa.
- 4 En Colombia solo me ha hecho falta la diversidad cultural que conllevó la llegada de miles de emigrantes a Venezuela huyendo de la pobreza y violencia europea, entre ellas mi Maestra checa Gerty Haas. Lástima que el criterio del pedante, racista y ultraconservador político López de Mesa, ministro de Relaciones Exteriores de Colombia en esa época, no permitió el ingreso al país de "pobres muertos de hambre", "gitanos" y "morenos". Gracias a él, entonces, la riqueza de esas poblaciones no nutrió a Colombia, como sí lo hizo con México, Cuba, Venezuela, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay.
- 5 El movimiento musical venezolano se originó en la Colonia, impulsado por familias "mantuanas" cultas, como la de Bolívar. Luego, en el siglo XIX, lo estimuló la fama internacional de la pianista Teresa Carreño. A mediados del siglo XX fue activada por emigrantes cultos europeos que hicieron su vida en Venezuela. Desde los años setenta, el talento y la osadía de Abreu (músico y economista, visionario y genio arrollador) permitió la evolución del vigente movimiento internacional de las orquestas juveniles venezolanas.

Arnaldo García Guinand. Pianista, concertista e investigador musical venezolano, es un profesor jubilado de la Universidad de Antioquia.